

Ann
Patchett

ESTOS DÍAS PRECIOSOS

Traducido del inglés por
Carmen Francí y Arturo Peral

Título original: *These Precious Days*

La elefanta del mago. Copyright del texto © 2009 by Kate DiCamillo. Copyright de las ilustraciones © 2009 by Yoko Tanaka. Reproducido con el permiso de la editorial Candlewick Press.

Extracto de *La elefanta del mago*, de Kate DiCamillo, reproducido mediante acuerdo con Brilliance Publishing, Inc.

«Eudora Welty, An Introduction» [Una introducción a Eudora Welty] reproducido con el permiso de Eudora Welty LLC a cargo de Massie & McQuilkin Literary Agency.

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 by Ann Patchett

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

© de la traducción: Carmen Francí y Arturo Peral, 2023

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-221-9

Depósito legal: M. 4.134-2023

Printed in Spain

Para Maile Meloy

Introducción.

Los ensayos nunca mueren

La primera vez que recuerdo haber pensado en serio en mi propia muerte fue a los veintiséis años y estaba escribiendo mi primera novela, *The Patron Saint of Liars*¹. Dondequiera que fuera, llevaba conmigo a todo el reparto: las heroínas, los héroes, los personajes secundarios, además de las ciudades en las que vivían, sus casas y sus coches, todas las calles, los árboles y el color de la luz. Cada día ponía en el papel un poco más de su historia, pero todo lo que estaba por venir existía solo en mi cabeza. Confío el texto a la memoria y trabajo sin esquemas ni notas, y por eso me atormentaba la idea de salirme en una curva en el peor momento, o de ahogarme en el mar (esta segunda posibilidad resultaba más plausible, puesto que vivía en Provincetown, Massachusetts, en cuyas gélidas aguas nadaba y, además, era propensa a los calambres).

Si moría, me llevaría conmigo el mundo entero de mi novela; no sería una gran pérdida para la literatura, sin duda, pero la idea de que todas las almas que tenía dentro se perdieran me resultaba insoportable. Aquellas personas eran responsabilidad mía. Yo las había inventado y quería que tuvie-

¹ Inédito en castellano. Traducible como *El santo patrón de los mentirosos*. (N. de los T.)

ran una oportunidad. El fantasma de mi muerte me acompañó hasta la conclusión de la novela, y, cuando la terminé, la muerte se fue de vacaciones.

Pero la buena suerte no dura para siempre. A los pocos capítulos de mi segunda novela, ahí estaba la muerte, retomando la conversación justo donde la habíamos dejado. Por entonces vivía en Montana, un estado lleno de muertes potenciales por las que nunca antes me habría preocupado: que me cayera de un sendero por la ladera de una montaña, que me arrollara un camión maderero desbocado, que me devorara un puma o un oso. Cada excursión se convertía en una meditación sobre la mortalidad. Pero, al escribir la última página de la novela, la muerte se fue sin mediar palabra. Durante la revisión, la edición, las galeras y la gira del libro nunca se me pasó por la cabeza la posibilidad de que se quebrara la capa de hielo que cubría el río y la corriente me arrastrara.

Cuando la muerte volvió por tercera vez fue, como siempre, sin demasiada ceremonia. Por entonces estaba inmersa en mi tercera novela y ya llevaba suficiente tiempo de oficio para reconocer el mecanismo.

Mi vida profesional ha seguido marcada por esta relación intermitente, y, por raro que parezca, no es un problema solo mío. Una amiga, antes de subirse a un avión, me envía instrucciones sobre cómo encontrar una memoria USB con los archivos de su novela inconclusa; otra amiga me pregunta si, en caso de que muriera, podría yo terminar su libro. «He dejado un post-it en el ordenador —me explica— que dice que el final lo escribirás tú.»

Según una pequeña investigación que he hecho sin rigor alguno, los escritores que ya estaban inmersos en un proyecto cuando irrumpió la pandemia no tuvieron problemas para continuar, pero los que todavía no habíamos empezado o

acabábamos de hacerlo nos quedamos petrificados. Esta vez la muerte se me había adelantado y me preocupaba antes incluso de tener la idea completa de una novela. ¿Qué sentido tenía empezar si no viviría para terminarla? Lo cual no significaba necesariamente que creyera que iba a morir por el coronavirus, de la misma manera que tampoco había creído que fuera a ahogarme en el Atlántico o que me iba a devorar un oso, pero todas esas posibilidades eran posibles. El año 2020 no parecía el mejor momento para formar una familia, fundar un negocio o empezar una novela.

Por supuesto, seguía escribiendo artículos. Siempre estoy escribiendo artículos: ochocientas palabras para un periódico de Londres sobre lo que significa ser propietaria de una librería, mis diez libros favoritos del año para una revista de Australia, una introducción para un clásico recién reeditado, quizá incluso un texto corto sobre perros. La escritura de estos textos no me ocupaba todo el día, pero me recordaba que seguía siendo escritora cuando no estaba escribiendo una novela.

Y así encontré una vía de escape: la muerte no se interesa por los artículos.

¿Por qué no lo había visto antes? Cuando escribí mi primera colección de artículos, *This is the Story of a Happy Marriage*², la muerte ni siquiera se molestó en repiquetear en mi ventana. El libro me parecía tan tremendamente personal que lo único que me preocupaba era a quién iba a molestar, así que ni se me pasó por la cabeza la posibilidad de pisar una serpiente. Me di cuenta de que con ninguno de los artículos que he escrito a lo largo de mi vida he oído de cerca el etéreo sonido de la muerte afilando su guadaña. ¿Se habría marcha-

² Inédito en castellano. Traducible como *Esta es la historia de un matrimonio feliz*. (N. de los T.)

do porque no podía arrasar con un inmenso elenco de personajes imaginarios? ¿O era porque las cosas que yo escribía en los artículos eran ciertas, verificables? Si desapareciera de repente en mitad de la redacción de un artículo, habría alguien por ahí capaz de concluirlo después de investigar un poco. Puede que no lo escribiera igual que yo, pero tendría a mano los mismos hechos. O quizá los propios hechos fueran la clave. Se puede matar la imaginación, pero los hechos son muchísimo más difíciles de eliminar. Quizá no lo parezca, ya que el tiempo se esfuerza sin descanso en borrar los hechos —y este país se esfuerza sin descanso—, pero los hechos encuentran el modo de emerger, y el tiempo confiere mayor brillo a una realidad imposible de hundir. Quizá esa fuera la razón por la que a la muerte no le interesan los artículos: los ensayos nunca mueren. Decidí dedicarme de lleno.

Empecé a escribir textos más largos, pero solo para mí. ¿A cuento de qué venía ese deseo repentino de tirar objetos? ¿Qué significaba en ese punto de mi vida no tener hijos? Otros artículos surgían de conversaciones que tenía con amigas, en particular el texto de mis tres padres. Cuando su padre murió, mi amiga Kate me dijo que iba a escribir sobre él. Yo llevaba quince años pensando en escribir sobre mis tres padres, pero nunca había reunido el valor para hacerlo. Le pregunté a Kate si podía copiarle la idea. Escribir es un trabajo de lo más solitario, pero en este caso su compañía me dio valor.

Hasta que escribí el texto que da título a esta colección, «Estos días preciosos», no me di cuenta de que tendría que publicar un libro con todo lo escrito. Aquel escrito era tan importante para mí que quería construirle un refugio firme. Empecé a escribir más textos. Eché la vista atrás en busca de artículos de los últimos años. Descarté la mayoría, pero seleccioné los mejores y los reescribí. Resulta maravilloso volver a

algo que tiene varios años, ver sus defectos con la plenitud del tiempo y tener la oportunidad de corregirlo y pulirlo, o, en algunos casos, tirarlo entero y escribir una versión mejor. Eso precisamente era algo que no había podido hacer con las novelas. A través de esos artículos me veía a mí misma intentando resolver los mismos temas en la escritura y en la vida: qué necesitaba, a quién quería, de qué podía desprenderme y cuánta energía iba a costarme.

Una y otra vez me preguntaba qué era lo que más me importaba en esta vida precaria y preciosa.

En cuanto a la muerte, sigo teniendo suerte. Su indiferencia a lo mejor no mengua nunca, aunque sin duda volverá más tarde a rondarme. La muerte siempre acaba pensando en nosotros. La clave es encontrar entretanto la alegría y aprovechar los días que tenemos.